

1

ROSE

ANTES

Un destello de luz ilumina el techo de mi habitación y me despierta en medio de la oscuridad. Mi madre ha estado tocando a todo volumen durante la noche, pero es la tormenta y no la música la que me sobresalta; el estruendo agita las paredes de la pequeña casa en la que vivimos un barrio destartado a las afueras de Dallas, Texas, que es conocido como Tin Town, «Barrio Chatarra» —debido precisamente a los depósitos de chatarra, centros de reciclaje y negocios de coches usados—, un foco de pobreza y delincuencia. ¿Cómo puedo saber esto si solo tengo once años? Porque veo las noticias. A veces incluso veo mi calle en la tele cuando disparan o asaltan a alguien.

El rítmico sonido de un goteo inunda mis oídos, y veo que una pequeña gota de agua se desliza por la pared. Una gran ráfaga de viento arrancó las tejas en primavera, lo que hizo que hubiera goteras en una esquina de mi habitación. Mi madre ha dicho que va a pedirle al propietario que lo arregle, pero no lo ha hecho.

La voz profunda de un hombre flota junto con las notas de *Hotel California* hasta mí, y el corazón se me hunde en el pecho.

Cualquier idea de volver a dormir desaparece.

Conozco bien esa voz. Es el novio de mi madre, Lyle, o «pedazo de mierda», que es como le gustaba llamarlo a la

abuela. Viene de vez en cuando y hace que mi madre se enfade. Se pelean como gatos y perros, se desgarran entre sí con las manos y se lanzan insultos, pero luego, bruscamente, se olvidan de todo eso y se ponen a besarse.

Desde el pasillo, parece como si estuvieran discutiendo, y me quedo rígida, el aire crepita con una energía extraña. Tal vez sea la tormenta que golpea la casa o el timbre ronco de su voz, pero está pasando algo. Escucho cacarear a mi madre como cuando está histérica, y el miedo me invade y hace que se me pongan los pelos de punta.

La abuela siempre me dijo que tengo buenos instintos, y que había heredado su capacidad de leer a las personas, y me fío de eso ahora.

Ha llegado el momento de esconderse.

Salgo de debajo de las mantas, me meto debajo de mi camita, soplando para apartar las bolas de polvo. Tengo aferrado contra mi pecho el peluche que me regaló mi abuela antes de morir.

La pelea se traslada hasta mi puerta.

Susurros.

Mi miedo crece.

—Por favor, déjame mirarla —oigo que le dice a mi madre—. No le haré daño.

—Está durmiendo. Déjala en paz —responde mi madre de forma astuta, y me la imagino pasándole las manos por el pecho como hace siempre antes de que vayan a la habitación.

Está tratando de distraerlo, de alejarlo de mí; no sé si es porque se preocupa por mí o porque está celosa. Nunca conozco sus motivos; es una de las pocas personas que no logro leer.

—Venga —le dice él con voz burlona—. Déjame ver a tu preciosa hija. Quiero ver cómo ha crecido. —Su tono es ligero, pero en su voz hay oscuridad, una cualidad que hace que se me ponga la carne de gallina.

No quiero que entre en mi habitación.

Sé lo que buscan los hombres como él. Noto la forma en que me mira. Dice que tengo las piernas lo suficientemente largas como para bailar en la barra como una *stripper*. La abuela ya me advirtió de que algún día él también vendría a por mí.

Oigo el traqueteo de la puerta.

«¡Corre!».

Me impulso con las manos y las rodillas y salgo volando de debajo de la cama para arrastrarme hasta la ventana. En el exterior hay unas intimidantes corrientes de relámpagos, que iluminan el cielo mientras empujo el cristal hacia arriba, y me lanzo al alféizar, donde me detengo medio segundo antes de saltar. Aterrizo en un charco de lodo, y unas rayas marrones salpican mis piernas desnudas.

El viento me azota mientras corro hacia los pinos que hay detrás de la casa. De vez en cuando miro por encima del hombro, por lo que veo la luz en mi habitación antes de escuchar gritar mi nombre a mi madre. Su voz, irritada y brusca, me llega desde la ventana.

Su tono hace que me hiele por dentro.

Me escondo detrás de un tronco y me encojo temblando mientras la tormenta descarga su furia desde arriba.

Nunca vienen a por mí.

Horas después, cuando sale el sol, parpadeo para abrir los ojos. Quiero volver a casa, pero a veces Lyle se queda varios días, hasta que se cansa de mamá.

Bajo la escasa luz matutina, recorro un sendero a través del bosque hasta el supermercado que hay en la carretera principal. Mi intención es evidente: robar algo para comer. Lo he hecho antes, una bolsa de patatas fritas aquí, una tableta de chocolate allí.

Veo el contenedor de basura verde oxidado en el estacionamiento de atrás y me detengo con los sentidos en alerta al ver que un adolescente de cabello blanco y despeinado y un conocido traficante de drogas del barrio se intercambian un fajo de dinero y un paquete marrón.

No puedo apartar la vista.

El adolescente no me resulta familiar; es muy guapo, y tiene unos pómulos altos que acentúan perfectamente la nariz recta y los labios carnosos. Lleva unos vaqueros tan limpios que me dan envidia y un jersey ajustado de cuello alto que hace destacar el blanco de su cabello. Lleva el pelo tan brillante y peinado que me imagino que se pasa más tiempo arreglándose que yo duchándome y preparándome para ir al colegio. Una chaqueta de cuero de aspecto muy caro completa el atuendo. Parece una estrella de cine, por lo que es evidente que no vive en este barrio.

Debería esconderme al menos entre las hierbas más altas, ya que se trata claramente de un negocio de drogas, pero no lo hago, paralizada por lo diferente que él resulta de cualquiera que haya conocido antes, desde sus ojos atormentados hasta la forma en la que se encoge de hombros sin esfuerzo mientras habla.

Lo analizo como hago con todo, archivándolo en mi mente: guapo, arrogante, rico, problemático.

De repente, se vuelve directamente hacia mí y sus ojos oscuros se clavan en los míos. Más rápida que un rayo, me dejo caer entre la maleza con el corazón acelerado.

Los minutos pasan lentamente mientras me encojo entre la hierba empapada por la lluvia. Por fin, oigo que un coche arranca y se aleja. Me siento aliviada. El año pasado, uno de los niños de mi clase fue testigo de un negocio de drogas y se jactó de ello en clase, contándonos cada detalle..., hasta los nombres. Como una semana después, simplemente desapareció, y nadie sabe lo que le sucedió.

Por eso espero allí inmóvil, y cuento hasta cien antes de levantarme.

He llegado a cincuenta cuando aparecen frente a mí unas zapatillas de deporte muy caras.

—Hola. ¿Estás buscando insectos ahí abajo? —dice el chico guapo, con un acento extraño.

Parpadeo mirándolo.

—No he visto nada.

Él se encoge de hombros, lo que hace que mis ojos se fijen automáticamente en su pecho. Por lo que puedo ver, es un buen torso, pero no está tan musculado como un jugador de fútbol; podría con él si tuviera que hacerlo.

—No me importa lo que hayas visto. ¿Cómo te llamas?

—No soy importante —digo secamente, desafiándolo a que me lleve la contraria.

Aprieta los labios.

—Encantado, «no-soy-importante». ¿Qué te parece que te levantes y me dejes verte?

Me pongo de pie para enfrentarme a él.

Él arquea una ceja al verme las piernas desnudas y la camiseta que uso para dormir.

Tiro del borde de la tela, esperando que me cubra el trasero. Algo que solo hace por los pelos. Debo de parecer una rata ahogada.

Aprieta más los labios mientras sus ojos castaños me estudian con atención, haciendo que retuerza las manos. Creo percibir un destello de compasión en su expresión.

—Déjame adivinar..., ¿te has escapado de casa?

Ahora soy yo la que aprieta los labios. No pienso decirle nada. Soy capaz de darle una patada a cualquiera en las pelotas y luego huir corriendo lo más rápido que pueda.

Mira a su alrededor, al aparcamiento vacío.

—Las cosas pueden ser difíciles en casa, chica, pero este no es un buen lugar para ti. Hay gente por aquí, ¿sabes a

qué me refiero? Una chica podría meterse en muchos problemas.

Lo miro de reojo. ¿Piensa que soy tonta?

Por supuesto que este lugar es peligroso.

Todo mi mundo lo es.

—¿Tienes algún lugar al que ir? ¿Alguien a quien quieras que llame? —Clava los ojos en el oso de peluche que cogí antes de salir, así que me lo acerco al pecho.

—Tengo hambre —digo sin saber por qué.

Suspira pesadamente y se frota la cara; mientras se inclina hacia mí tiene una expresión pensativa. Saca del bolsillo otro fajo de dinero como el que he visto antes y coge tres billetes.

—Ten. Ve a por algo de comida, y no lo desperdicies en dulces. Come algo de carne. Estás muy flaca.

Miro el dinero con sospecha, incluso mientras lo aprieto con fuerza con el puño. Nunca había visto un billete de cien dólares, así que tener tres juntos es surrealista. Es suficiente para comprarme dulces durante meses.

—¿Qué quieres de mí? —Sé lo que sucede cuando los hombres dan dinero a las mujeres. Siempre quieren algo a cambio.

Frunce el ceño de nuevo y mete las manos en los bolsillos.

—Nada. Solo quiero que comas algo, y si las cosas se ponen difíciles en casa, llama a la policía, ¿vale?

—La policía no es buena. Simplemente me llevarán a una casa de acogida, y podría ser una todavía peor que la mía. —Le lanzo una mirada para que no piense que soy idiota.

—Yo también me escapé un par de veces, chica. He pasado por eso.

—Sí..., ¿y? —Me encojo de hombros.

Se ríe de mí y lo miro, fascinada una vez más. Cuanto más habla con ese acento extraño, más quiero seguir mirándolo.

Estudio el anillo de calavera que lleva en el dedo, el tatuaje que se asoma bajo por el cuello del jersey. Parece un hombre malo, pero no lo es, a pesar de que esté en el aparcamiento del supermercado.

El corazón siempre lo sabe, por lo menos el mío.

—¿Cuántos años tienes?

Me sonrío con un destello de dientes blancos.

—Dieciséis.

—Yo tengo once. —Le lanzo una mirada de reojo—. ¿Te tiñes el pelo de ese color? Es muy blanco. Al principio he pensado que eras albino, pero el color de tus ojos no encaja, y tampoco tienes la piel tan pálida.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe... Como si fuera intocable..., como si fuera el dueño del mundo.

Noto una sensación extraña en el estómago.

Se pone serio.

—Tienes que comer algo.

Me encojo de hombros. Que me haya acostado con hambre no ayuda.

—¿Por qué me miras? —le pregunto después de que me estudie durante unos segundos.

Niega con la cabeza, como si se sintiera perplejo.

—No lo sé. Me intrigas y estoy aburrido.

Le señalo el bulto que tiene en el bolsillo.

—Ya tienes tu dosis. ¿Por qué sigues por aquí?

Se rasca la cabeza, prestándome más atención.

—Dame el brazo —dice un par de segundos más tarde mientras se acerca a mí.

Me estremezco, un viejo hábito, y me alejo un paso de él.

—No.

Levanta las manos de manera tranquilizadora y luego saca un bolígrafo del bolsillo de la cazadora.

—No voy a hacerte daño... Solo voy a apuntarte mi número, por si acaso te metes en líos, ¿vale?

Asiento, mirándolo con cautela mientras se acerca, me coge el brazo y escribe los números en mi antebrazo:

«555-481-9066».

—Es el número de mi celular.

—Se llama móvil, y si alguna vez tengo uno, te llamaré —respondo fríamente, tratando de parecer mayor de lo que soy—. Aunque podría pasar algún tiempo. No soy rica, ¿sabes?

Sus labios se curvan de nuevo y niega con la cabeza.

—Me recuerdas a alguien.

Inclino la cabeza hacia un lado.

—¿A quien?

—A nadie importante. —Hace una pausa, con expresión de tristeza—. A mí.

Sonrío.

—Estarás bien, ¿verdad? ¿Me llamarás si necesitas ayuda?

—Sí.

Asiente y se aleja de mí andando hacia atrás, como si quisiera mirarme todo el tiempo. Pero no lo hace de una forma extraña y lasciva como la que tiene Lyle cuando me mira; no, es más bien como si no supiera en qué categoría meterme.

Lo entiendo. Yo también pongo a todo el mundo en una categoría. Tengo instinto para eso.

Lyle, mal.

Abuelita, bien.

Mi madre, ¿quién demonios sabe?

El chico guapo es uno de los buenos. Quizá él piense que yo también lo soy.

Un cálido rubor me invade la cara.

—¿De dónde eres?! —grito cuando aumenta la distancia entre nosotros. No quiero que se vaya.

—Del otro lado del estanque —responde con un gesto alegre mientras camina hacia un *jeep* negro con las ruedas tan

brillantes y nuevas que brillan bajo el sol. Me lanza una última mirada y se mete en el vehículo; la música rap suena a su paso mientras sale del estacionamiento.

Lo echo de menos de inmediato.

Después de devorar una bolsa de pollo frito y dos tabletas de chocolate, recorro el sendero de vuelta a casa, sin dejar de pensar en él. Me ha dado dinero y no quería nada a cambio.

¿Quién iba a imaginar que existía gente así?

Llego a la hilera de árboles y veo que la ventana sigue levantada, las cortinas se mueven sin control con el viento suave. Al avanzar hacia la parte de delante, veo que Lyle ya se ha ido. Abro la puerta con facilidad y entro en el estudio. La habitación huele a cigarrillos y comida rancia. Observo que la mesita del salón está volcada, el jarrón roto y el suelo cubierto de botellas de cerveza.

Ya me he encontrado con esto antes.

No pasa nada.

Ella está bien.

Encuentro a mi madre detrás del sofá, con la cabeza torcida en un ángulo extraño, mirándome con los ojos en blanco, recordándome a un pez muerto del mercado.

Da miedo.

Se me acelera la respiración y me acerco con rapidez.

—¿Mamá? —Me apoyo en el reposabrazos del sofá—.

¿Mamá?

Me acerco a ella, le toco la mano y noto su piel fría.

Dejo caer la bolsa de comida y grito tan fuerte como puedo.

Hasta que noto la garganta irritada.

Hasta que las lágrimas resbalan por mis mejillas.

Hasta que la policía entra por la puerta.

Y luego, nada encaja hasta que el destino entra de puntillas y me pone en el camino correcto.

Hasta que lo vuelva a ver...

2

SPIDER

SEIS AÑOS DESPUÉS

«¡Seré gilipollas...!».

No solo estoy empecinado, sino que estoy peleando a lo grande con una tía lo suficientemente mayor como para ser mi *nanny*.

La elegante agente de la puerta se cruza de brazos. Está harta de mí. La mayoría de las mujeres llegan a ese punto tarde o temprano.

—Señor, no puede subir con la guitarra. Tendrá que facturarla.

—¿No puedes hacer una excepción conmigo, por favor, Betty? —ruego, mirándole la etiqueta y exagerando el acento inglés. Por lo general, mi tono más seco acostumbra a sacarme de situaciones difíciles, en especial con la parte femenina de la población, pero me estoy dando contra una pared de ladrillos desde el momento en que me he acercado a su escritorio. Quizá sean mis tatuajes, mi chupa de cuero o la camiseta de malla sin mangas. No parezco exactamente un buen tío.

Sus ojos pequeños y brillantes se deslizan sobre mi cuerpo, deteniéndose en la artística viuda negra que llevo tatuada en el cuello, para seguir subiendo hasta mi pelo. Me lo toco tímidamente. Este mes lo llevo azul cobalto, con el tupé engominado y levantado en plan mohicano y los lados afeitados

casi al cero. La próxima semana quizá lo lleve blanco. No importa el color, las chicas se vuelven locas con eso.

Salvo Betty.

—Lo siento, pero ya lleva una bolsa de mano y un artículo personal. Eso es todo lo que está permitido en el avión. Son las reglas, y son extremadamente claras. —Señala un letrero que cuelga en la pared a mi lado, donde se explican las normas para volar con Delta. Es la segunda vez que me lo señala, y como el obstinado gilipollas que soy, me niego a mirar.

—Pero es que es mi verdadero amor. —Doy una palmada a la caja.

—Es una guitarra —me recuerda secamente.

Levanto la funda sobre el mostrador y abro los broches metálicos, para dejar a la vista el instrumento amarillo y azul.

—Es una Gibson Les Paul, atrevida pero liviana al mismo tiempo. Está hecha de arce con incrustaciones de palo de rosa; la mejor que el dinero puede comprar, y su valor asciende a más de cinco mil dólares. Pagué yo mismo por esta preciosidad. Mi querido viejo ni siquiera me ayudó. —Le muestro una pequeña franja horizontal al final del diapasón en el mástil de la guitarra—. ¿Ves esto aquí? Esa es la tuerca del bajo, y controla la colocación de la cuerda. Está hecha en hueso. No sé qué tipo de hueso es, pero me gusta pensar que de león o tigre. Por supuesto, no los abatieron para hacer la guitarra, pero sus huesos fueron donados después de morir en una majestuosa batalla en la naturaleza. ¿No te parece adecuado? —Sonrío. «¡Venga, Betty, déjanos subir al avión!», le ruego con los ojos.

Pero Betty se eriza ante mí, frunce aquellas cejas gruesas y espesas detrás de las pequeñas gafas de presbicia. Sus labios se afinan mientras estudia mi hermosa obra de arte.

—Por favor, señor, retire ese artículo de mi escritorio.

Me inclino sobre el mostrador, con los ojos muy abiertos, lanzándole una mirada con «efecto Spider», o, dicho con

otras palabras, la observo entre mis largas pestañas negras a medio cerrar. La gente me dice que es una mirada devastadora para los órganos reproductores femeninos, y me pregunto si tiene alguna disfunción anatómica, porque no parece perturbada por mi atractivo, ni siquiera cuando me muerdo el labio.

—Helene, ese es su nombre. Helene y yo llevamos juntos desde que tenía catorce años.

—Me alegro mucho. —Ya está mirando por encima de mi hombro a la persona que hay detrás de mí.

—Mi novia me dejó cuando estaba aquí en Nueva York —continúo, ahora mintiendo de forma flagrante, aunque lo cierto es que no es difícil fingir sentirse deprimido con una resaca brutal—. Siempre ha sido de moral relajada. Una vez se acostó con mi primo; después de eso, las reuniones familiares son muy extrañas. —Suspiro—. Hemos venido aquí para, ya sabes..., intentar resolver las cosas, y luego ella lo conoció...

—Mire, señor...

—Por favor, llámeme Spider.

Vuelve a arquear las cejas, que ahora suben un poco más, y sus ojos caen en el tatuaje de la viuda negra que llevo en el cuello.

—Eh..., señor Spider, lamento lo de su novia. Suena fatal, pero...

—¿Alguna vez te han engañado, Betty?

Ella asiente, aunque de mala gana.

Agito las manos delante de ella.

—Entonces sabes lo que es el desamor. Dios, no sabes la forma en que me la ha jugado.

—¿Con su primo otra vez?

Asiento mientras me seco los ojos con una servilleta de papel que me guardé anoche en el bolsillo, cuando estaba en el club. Miro a Betty, observando que se balancea sobre los pies al tiempo que busca sinceridad en mí.

—Además, mi perro también murió la semana pasada.
—Hice un último esfuerzo, hundiéndome hasta un nivel completamente nuevo para mí. La cuestión es que voy a ver a mi padre, y solo de pensar en tenerlo delante me da ganas de vomitar. En cuanto vea mi aspecto, sabrá la verdad.

Necesito ayuda.

Pero también... joderlo un poco.

—¿Qué tipo de perro era? —pregunta Betty, sorprendiéndome.

«¿Qué tipo de perro?».

¡Mierda! Me quedo paralizado, pero no se me ocurre ni una sola raza de perro. «¡Piensa en un puto chucho! No es tan difícil». ¿Cómo se llamaba ese collie que rodó tantas películas en los años 70? ¡Ay, Dios, mi cabeza! Las resacas son asquerosas...

—Dile «yorkie» —me sisea una voz femenina al oído, desde atrás. Las palabras me provocan un hormigueo por la columna vertebral cuando la mujer que las dice me respira contra el cuello—. Son una monada, y pequeños. Son de los que le gustarán. Además, te agradecería muchísimo que aligeraras para que yo pueda subir a mi avión. Llevas bloqueando la cola un montón de tiempo. Es muy grosero por tu parte.

Echo de menos la calidez de la chica cuando ella da un paso atrás. Me siento rechazado.

—Collie —le digo a Betty, que espera mi respuesta—. Como Lassie, la perra de las películas.

—A mí me gustan más los yorkies —murmura Betty mientras aporrea el ordenador.

—Te lo he dicho —dice la voz de la chica detrás de mí.

La ignoro y dejo nuestro último CD en el mostrador, que firmo con rapidez con un rotulador permanente que llevo en la mochila.

—Algún día seré famoso, así que te lo regalo. No te lo doy para que te encargues de Helene..., sino porque eres

una mujer hermosa, Betty, y todas las mujeres hermosas merecen tener una sorpresita al día. —Curvo los labios, sonriente—. Pero si puedes encontrar la forma de que lleve la guitarra en la cabina, sería genial. Quizá te escriba una canción: «Betty» suena muy bien.

Vaya... , aparece un hoyuelo en cada una de sus mejillas mientras coge el CD y me lanza una mirada considerablemente más cálida.

—Tenemos una zona en primera clase que generalmente reservamos para abrigos y demás. Quizá allí haya sitio. Espere, que miro...

Dos segundos después está llamando a alguien para comprobar que tienen un lugar para mi guitarra.

Huelo la victoria.

Noto un suave empujón en la espalda.

—¿Qué coño...? —Me giro y veo una almohada grande en los brazos de la chica que me ha susurrado al oído. Arqueo la ceja y la cojo.

Labios rojo rubí.

Un vestido negro ajustado.

Y un par de Converse rojas de caña alta.

¡Joder! Me muerdo el labio, y esta vez no lo hago de coña. La chica de la almohada me enciende como un árbol de Navidad.

Casi me esperaba que fuera una anciana reseca con hábito de monja, pero no es vieja, sino más o menos de mi edad, veintidós años. Es muy guapa, pero de esa forma que hace que todo el mundo la mire dos veces, quizá tres veces, pero yo estoy con chicas hermosas todo el tiempo, en todas partes.

Me devuelve la mirada con los ojos muy abiertos, los baja por mi tatuaje hasta que caen para estudiar mis hombros, mis caderas y mis piernas. Sonríe de oreja a oreja porque sé que estoy estupendo. Mis rasgos son casi perfectos, mis hombros

musculosos y mis piernas largas tienen muy buen aspecto embutidas en unos vaqueros de marca.

—Lo siento, te he empujado sin querer —dice arqueando las cejas.

No sé por qué, pero no creo que lo sienta en lo más mínimo. Pienso que está tratando de llamar mi atención.

Sonrío.

—¿Alguna vez has pensado en probar con una almohada para el cuello en lugar de con esa tan grande? —Señalo con la cabeza aquel accesorio grande y esponjoso—. Son pequeñas, más manejables en un viaje. Incluso puedes comprar una en el aeropuerto.

Los labios, carnosos y perfectos, se aprietan hasta formar una línea.

—Me gusta esta.

Me quedo parado cuando un *déjà vu* se apodera de mí. Hay algo en su cara...

Inclino la cabeza a un lado.

—¿Nos conocemos?

Niega con la cabeza, pero no parece segura.

Entrecierro los ojos.

—¿Estás segura de que no nos hemos visto antes?

—No —dice secamente—. Aunque vi la actuación de tu grupo anoche en Greenwich Village.

¡Ah...!, en un bar junto a la universidad de Nueva York. Había sido una actuación en la que agotamos las entradas, y no salimos de allí hasta las tres de la mañana.

Asiento con la cabeza.

—Vaya vergüenza..., no me acuerdo de ti.

Se encoge de hombros.

—No me sorprende. Estabas rodeado de chicas.

—¿No podemos conocernos mejor en el avión? —pregunto, arqueando una ceja en su dirección de forma inquisitiva.

Parpadea como si la hubiera puesto nerviosa, y eso me hace sonreír.

—No eres mi tipo.

—Qué putada... —murmuro—, porque tú sí eres el mío. Le brillan los ojos.

Betty cuelga el teléfono.

—¡Buenas noticias! Puede subir la guitarra. Hay una azafata a bordo llamada Heidi que le estará esperando en la puerta.

«¡Por fin...!».

Sonrío de oreja a oreja cuando Betty escanea mi billete, y con un saludo burlón a la nena, avanzo dispuesto a abordar el avión, mientras pienso en que voy a ver a mi padre por primera vez en seis meses. Me ha convocado en su casa en Highland Park, a las afueras de Dallas, donde está comenzando una vida nueva. Quiere que conozca a su nueva esposa, y allí podremos fingir que somos una gran familia feliz.

O lo que sea...

Si quiero su dinero, tengo que jugar según sus reglas.

Me acerco al avión y me detengo en la entrada, donde una azafata saluda a los pasajeros.

—¿Heidi? —pregunto, curvando los labios al estudiar a la pelirroja con curvas que lleva la típica falda azul marino y zapatos de tacón.

Me devuelve la sonrisa.

—Debes de ser el dueño de la guitarra.

—En efecto.

—Excelente. —Se ríe—. Voy a guardarla en el armario de primera clase. Puedes cogerla antes de salir, cuando aterricemos. —Su sonrisa se hace más grande—. Adoro tu acento. ¿Tienes un grupo?

Asiento con la cabeza.

—Sí. Vital Rejects. ¿Has oído hablar de nosotros?

Pone los ojos en blanco.

—Ya, por ahora no somos nadie.

Se pasa un mechón de pelo por encima del hombro.

—Pasaré a verte con bastante frecuencia —añade con una sonrisa—. Por si necesitas una manta o una almohada...

—¡Dios mío!, ¿nunca dejas de ligar? Por favor, muévete. Estás bloqueando el camino a todo el mundo —se queja una voz molesta a mi espalda.

La chica de la almohada.

¡Joder!, está en todas partes.

La miro divertido mientras pasa junto a mí, rozándome la entrepierna con el trasero mientras resopla antes de continuar por el pasillo.

Su culo en forma de corazón se balancea de un lado para otro lado bajo el vestido negro. Debe de medir cerca de metro ochenta, y eso que ni siquiera lleva zapatos de tacón. Tiene unas piernas largas, torneadas y muy bronceadas.

Alguien se tropieza conmigo mientras la estoy mirando, y doy un paso atrás entre los asientos para darles más espacio a los pasajeros que entran al avión.

—¿Te gustaría conocer al piloto? —me pregunta Heidi con una sonrisa coqueta.

—Delta es mi aerolínea favorita —aseguro.

Se ríe y me presenta al piloto; termino dándoles a los dos una copia del CD del grupo y una breve explicación sobre nuestra música. Les firmo los discos a ambos, y antes de darme cuenta, otros dos asistentes de vuelo entran en la cabina, para obtener una copia. Les sonrío, acostumbrado a ser el centro de atención.

Una chica me mete su tarjeta en el bolsillo trasero de los vaqueros con una caricia. La miro sonriente al tiempo que arqueo las cejas. Ella y Heidi intercambian algunos susurros, y es obvio que le está advirtiéndole a su compañera de que me ha visto antes.

Me río entre dientes.

Sebastian Tate, el cantante del grupo y mi mejor amigo desde la primaria en Highland Park, siempre bromea diciendo que tengo algo que atrae a la gente. Su teoría es que se trata del acento, pero sobre todo es mi rollo, como si todo el mundo estuviera cómodo con mi actitud. Soy el compañero que todos quieren tener. ¡Joder!, si soy el tipo que se ofrece como voluntario para hacer concursos de beber cerveza (y los paga), y luego regresa con una caja de tequila y un coche lleno de mujeres hermosas...

Mi mantra es vivir rápido y no recoger corazones.

No tengo miedo.

Después de todo, no tengo nada que perder, y menos cuando ya lo he perdido todo en la vida.

Aparto a un lado esos pensamientos oscuros, echando la culpa de su aparición a mi cabeza palpitante. Las resacas son lo peor. Solo necesito un golpe de pura y blanca felicidad para llegar al límite.

Después de besar las mejillas de las azafatas, voy a mi sitio y veo que la persona que ocupará el asiento de al lado ya ha llegado.

¿Adivináis quién es?

Me parece tan guapa como antes.

Me detengo en seco y la miro; me sorprende ver el libro que está leyendo en su Kindle: *100 reglas infalibles para que un hombre se enamore de ti*.

Sonrío.

¿Esta chica está tratando de ligarse a un tío?

«¡Oh, sí!».

Este vuelo no va a ser tan aburrido como esperaba, después de todo.

¿Conoces el viejo refrán que aconseja convertir limones en limonada? Pues la chica de la almohada es mi limón, y voy a convertirla en la bebida más dulce de la historia.